

extremo del salón y que también le miraba con mortificante fijeza: era de regular estatura, envuelta en carnes, con un cuerpo que se dibujaba tentador bajo su vestido negro, y tenía los ojos negros y apasionados, bien diferentes de los de esas mujeres anémicas que la alambicada civilización moderna cria entre paredes como flores de invernadero.

Ricardo Pasalodos, completamente embelesado, la miraba con ansias de enamorado incipiente, seducido por esa atracción misteriosa que la carne establece entre las personas de un mismo temperamento. Ella parecía decirle:

"Ven, ven..."

Y él, no pudiendo contenerse más, le preguntó al amigo que le acompañaba:

—¿Quién es aquella mujer?

—¡Ah!... Es Frasquita Candela; aquí la llamamos todos Currita; es viuda; su marido tuvo el mal gusto de morirse un año después de la boda, y ella vive ahora con sus padres; es hija única y tiene mucho dinero. ¡Una buena presa!...

Ricardo, sin querer averiguar más, se acercó a la joven y la sacó a bailar.

Ella le refirió su historia sin omitir un detalle, y Pasalodos se manifestó encantado con el relato. A él le gustaban las mujeres así, como ella: morenas, gorditas y viudas, ¡viudas sobre todo!... Las casadas le agradaban más que las solteras, sin duda por aquello de que las frutas más dulces son las prohibidas, pero las viudas las prefería a las casadas... ¡En fin, que Currita era su tipo, su ideal soñado!...

A ella también le gustó Ricardo, porque a las mujeres corridas les encantan los hombres experimentados en lides de amor. Burla burlando, él se declaró enamorado, y, como el deseo puede más que la prudencia, sus relaciones empezaron desde aquella noche.

II

Las pasiones ardientes no dan treguas, y por eso nunca son largas las relaciones entre novios que se quieren bien.

Las de Currita Candela y Ricardo Pasalodos apenas duraron un año. En aquellos once meses de amor platónico, los paseos matinales por el Retiro, las noches que pasó el gentil conquistador en casa de la joven, jugando con ella a la baraja y pellizcándola los muslos so pretexto de ver si hacía trampas escondiendo algunas cartas sobre la falda; y luego, aquellas largas entrevistas por el ventanillo de la puerta de la escalera, con los labios casi juntos, separados únicamente por dos delgados trozos de metal, confundiendo sus alientos en un solo suspiro de deseo, y renegando de aquella puerta maldita, siempre cerrada, que sólo la bendición del cura podía abrir; todo aquel cúmulo de circunstancias puso tal dosis de impaciencia en el ánimo de Ricardo, que precipitó la boda cuanto pudo, como si Currita fuese su *única pasión* y la mujer que había de darle a paladear por primera vez el sabor de la fruta prohibida.

Pocos días faltaban ya para la boda: los trajes de la gran ceremonia estaban elegidos, los muebles comprados y la alcoba nupcial dispuesta en la misma casa de los suegros.

La víspera de la boda y cuando Ricardo se aprovechaba de la ausencia de la madre de Currita para avalorar con besos ardientes sus protestas de amor, ésta le sorprendió con la siguiente pregunta: